KURSK-KURSK. LA LÁGRIMA DE EROFÉIEV.

Alberto Serrano Roig

EL SONIDO DEL CARAMILLO

Moscú-Petushkí, el alcohólico-resacoso-delirante-eufórico-melancólico relato de Eroféiev huele a Vodka y a fracaso. Apesta a resignación y, al final, a miedo. Sabe a sabiduría cínica con gotitas de sabroso humor con un regusto ácido al final del trago, de derrota social. Lleva un barniz propenso a generar alucinaciones que se concretan en una explicación clara de la condición rusa. Suena a gaznate húmedo que cloquea y a botella vacía rodando por el suelo. La imagen que acompaña al relato es la de un pianista que enérgicamente gira la cabeza con su pelo hacia atrás en algún momento épico de la interpretación. Esta imagen es el carácter de los personajes. El gesto se hace al beber. Ante la épica de la realidad que está sonando, ante la resaca de la vida, el gesto orgulloso y digno de mantenerse en pie gracias al alcohol. La fuerza. La seguridad. La decisión incólume de aceptar el trago ante el ruido de la confusión de ser ruso como acto de nobleza. El borracho es como un pianista. Es su momento de épica. Es su gesto moral. La ética noble de no matarse. De vivir en el único estado noble en el que se puede vivir en la miseria, la corrupción, el abandono y la injusticia. Un buen trago como un pianista que tira enérgicamente la cabeza hacia atrás. Ética sabia que dignifica y convierte en músico, en artista, al alcohólico en Rusia.

El libro suena a caramillo. Los intérpretes de la vida rusa no son pianistas, son sopladores de caramillo. El mundo que les rodea está desafinado y desacompasado y un piano tiene demasiadas teclas. El caramillo se sostiene en la mano y se sopla con la boca. Lo hace uno mismo, en soledad, pero pueden juntarse varios a soplar y generar más ruido, más representación de la vida. Cada soplido manifiesta cada vez más a la perfección cómo es el mundo. Como en muchas filosofías y religiones, hace falta una transfiguración, un percibir de otra manera a la habitual para comprender y ver mejor la realidad. La esencia del mundo ruso se aparece con mayor nitidez cuanto más sopla uno con su boca cilindros huecos sostenidos con una mano.

El sonido del caramillo, tan folklórico, tan del pueblo, tan poco aristócrata, tan poco elegante, es la realidad de Rusia. Nada de pianos. Muchos caramillos. ¡Tocar un caramillo con actitud de pianista! Con el caramillo podemos sonar a alcoholismo, a decepción, a ridículo y a absurdo humano. Soplen sus caramillos con actitud de pianistas a medida que los ojos van humedeciéndose y distorsionando cada vez más la imagen de la realidad, haciéndola oler cada vez peor, metiéndose uno mismo el olor a podrido hálito que sale de la propia boca y abriendo las orejas para concentrarse y marearse en el pitido desafinado del bello instrumento popular hasta que tires la cabeza muy fuerte atrás y o bien caigas al suelo, o bien rías a carcajadas pestilentes y tu garganta reemplace al caramillo, volviendo a generar la misma visión, los mismo olores y la misma audición, y vuelvas a soplar el caramillo en un proceso perpetuo, hasta que te rompan las narices.

El caramillo es el sonido de lo mal que se materializan las ilusiones, los soplos, los anhelos, las aspiraciones, las respiraciones. Cada trago y cada soplo es un anhelo ahogado más. Un trozo de alma, de *pneuma*, que se va, que huye pestilentemente a confundirse con el aire circundante de cada pueblo. Si el alma es una reserva de aire ilusionado, cada soplo es perder un poquito más de alma. Sin embargo el ruso está condenado a soplar, ya sean botellas, ya sean caramillos, ya sean suspiros ante la mierda que lleva encima.

El caramillo, criatura difícil de entonar, siempre en esos cuartos de tono de la mala interpretación, como las dulzainas valencianas y todos esos instrumentos populares de viento agudos, son lo único que se le da al pueblo para soplar. Y es bueno que se les de estas aberraciones musicales y no pianos. Sus almas pueden encontrar un sonido acorde a su condición y, por ello, no suicidarse y tener un momento de dignidad tirando la cabeza atrás enérgicamente, moviendo el pelo.

Alcohólicos tirando la cabeza hacia atrás con fuerza sonando caramillos de fondo.

Escuche un caramillo. El pueblo lo sopla y suena a desafinación tierna y ridícula. El sonido es melancólico, profundo. Genera en el intérprete la seriedad que proviene de la tradición de un pueblo que deja pasar desapercibido lo ridículo de la falta de entonación. El pueblo que lo escucha en silencio, arrobado por el acto solemne de interpretar las raíces sonoras antiquísimas que le trasciende, no escucha la abominación ridícula que generan los soplidos. Es una tragicomedia absoluta. Nadie interrumpe señalando la contradicción con las manos en la cabeza. Nadie se carcajea superficialmente. Incluso seguramente nadie repara en ello sesudamente concluyendo que ha de seguir escuchando en silencio y con semblante serio como performática de la propia condición tragicómica del pueblo al que le dan a soplar instrumentos nada pianísticos. El que participa, participa de lleno. Cuanto más verdaderamente se participa, más oídos sordos se hacen al sonido de la fealdad. Mejor dicho, más se cierra el oído por sí solo. Eso es lo que pasa en los vagones de Moscú-Petushkí: soplemos todos y escuchémonos con el oído cerrado, escuchemos cerrados lo que ya sabemos que estamos escuchando, pues como pueblo, esa es nuestra condición. Y estamos todos en el mismo vagón.

¿Suena un caramillo en el corazón de Viénichka?

-*Tu maletín pesa mucho ahora, ¿no? Y en tu corazón canta un caramillo, ¿no es así?*

-*¡Bueno, según se mire! –digo yo, ladeando la cabeza a la derecha-. Es verdad que el maletín pesa mucho. Pero aún no se puede hablar de caramillo...*

Hay muchas botellas que soplar antes en la maleta. Hay una mejor sustitución al caramillo, que va a generar melancolía de tradición, mejor visión de la realidad y comunidad que habla, sopla, escucha y se cierra al mismo tiempo. El alcoholismo ya es la música de la tradición rusa: es la tradición rusa directamente. Porque las tradiciones van cambiando y asentándose. La misma actitud de pianista, pero directamente sin música. Solo ya queda el gesto en el vacío.

Hasta sin caramillo hay decepción y asunción de ridículo. Oh caramillo: Nostalgia de pueblo, de orgullo de pueblo. La náusea resacosa que generas es por la pena que da ver la ingenuidad buena del pueblo confiando serio en lo ridículo y absurdo de un caramillo existencial y político. La música del borracho, su caminar y su estado mental. El mejor estado mental para estar a resguardo de lo absurdo que nos rodea. El caramillo líquido es protegerse de la lucidez de ver

bien lo absurdo ya visto. Dejar de sufrir a*caramillado. ¡Qué ojos tiene mi pueblo!* De bobo salidos de las órbitas sin pestañear. *¡Qué poder espiritual!*

Uno se representa en la mente un pueblo escuchando arrobado un caramillo tradicional con esos ojos y en seguida uno se representa a ese mismo pueblo en un mitin político con la misma y exacta actitud, ante el mismo sonido. El pueblo cierra el oído a lo ridículo y cuanto más metido se está, más se cierra el oído por sí solo y se mira arrobado con semblante serio.

Se hace muy bien en proponer la botella antes que el caramillo y tras la política. Que los ojos serios, por favor, cambien de escenario y se metan muy dentro en el asunto de soplar. Un pueblo alcohólico que deja de lado caramillos y sistemas representa sabiduría.

NI MEDIOCRE NI GILIPOLLAS

La ética de Eroféiev se agota en que no existe la bondad y el mejor es el malo, ya que las otras opciones son ser mediocre o gilipollas. El mediocre es un conformista feliz y el gilipollas un apesadumbrado constante. Por lo menos el malo no es ninguno de estos imbéciles. El conformista ruso es un gilipollas y el apesadumbrado constante se conforma con ese sufrimiento. Imbéciles. Eroféiev es un sabio de la sociología, porque condensar verdades de esta manera no es usual. Además, con un criterio claro. ¿Quién si no un mediocre gilipollas al que nadie va a querer tratar de amigo va a ser un conformista feliz? El malo, el que llamará imbécil a la cara a cada uno de estos dos –he ahí su bondad– por la noche tendrá su alcohol y estará bien, tendrá su momento pletórico de felicidad no conformista y saldrá de la pesadumbre digna.

El ebrio personaje que no es otro que el mismo escritor está en contacto con Dios y con los ángeles. Unos angelillos la mar de simpáticos que le ayudan y que le van a dejar solo en cuanto vean que Viénichka comienza a sonreír. Entonces, ya estará curado de su negra falta de autonomía y despiste resacoso. Esta relación tiene una evolución hasta el momento en el que le grita a Dios que ahora miente en su cara y que antes ya le han mentido a él con las patrañas de la Edad de Oro. Los angelillos, al final de la obra son cuatro tipos que le dan una paliza en Moscú. Los ángeles del cielo ahora reían *y Dios callaba*. Las conexiones con *Los Cantos de Maldoror* del Conde de Lautréamont se mantienen en el hecho de que parte de una ética en la que no existe el mal y el malo es el mejor y en que Dios, finalmente, es un enemigo que manda ángeles a que se rían del personaje mientras observa en silencio. Sin embargo Viénichka no empieza con una filosofía de la crueldad como mejor moral ni acaba con un plan heroico de venganza contra Dios y el mundo. Acaba por donde empieza Maldoror, cobrando conciencia de que no hay esperanza alguna. No hay salida. La tragedia está dispuesta y cuando creemos que vamos a derecha, vamos a izquierda y al revés. La meta es una botella de vodka que ponen a ratones alcohólicos. Al acercarse a la botella, Dios la gira y tenemos que volver a dar la vuelta. Y así el pueblo ruso está estancando en un *delirium tremens* de esperanza que se apacigua con líquidos de frenos mezclados con cerveza.

Del mismo modo que Viénichka relata que siempre le entienden del revés, es decir: *antinómicamente*, él mismo ha caído en la trampa de entenderlo todo al revés. O de darse cuenta demasiado tarde de que su país va siempre al revés. El qué más da ‘derecha o izquierda’, siempre se llega al mismo sitio del inicio de la obra, cuando busca la estación de tren, ya es la

delación del sentido profundo del relato. Estancamiento y no solo eso, las cosas salen antinómicamente a como uno las planea. Da igual si vas a izquierda o derecha pensando llegar a un punto. Acabarás yendo al punto antinómico hagas lo que hagas. Esta es la devastadora visión del movimiento histórico de su pueblo.

¿Por qué no encuentra el Kremlin? Porque no está en Moscú. ¿Por qué no llega a Petushkí? Porque ha ido en dirección contraria. Da igual que los angelillos simpáticos le hayan guiado, que las estaciones hayan seguido el orden establecido o que haya comprado productos en la capital. Estabas en otro sitio, has ido en otra dirección y has llegado al lado contrario, punto por punto, burocrática y oficialmente y con ayuda de Dios. La novela no trata del despiste de un borracho, sino del estado de embriaguez en el que hay que estar para no darse cuenta de la manipulación a la que es llevada la sociedad rusa, o los destinos humanos, si uno tiene ganas de universalizar, a pesar de lo rusa que es la novela y de las apelaciones constantes a su pueblo y a la historia de esta nación. La novela señala como punto central, como tema filosófico a analizar, el siguiente: *¿'El darle a la botella' de dónde viene?* El pueblo ruso no es un pueblo alcohólico al que se le ha manipulado por su embriaguez, sino que la embriaguez de la ideología y el constatar que se ha ido justo al revés es lo que lleva a plantear si será por eso que se le da a la botella. Entre mediocres y gilipollas, el que bebe. ¿Por qué solo hay mediocres y gilipollas y malos? Porque ante el desastre político, social y económico, o te vuelves un gilipollas conformista si has tenido algo de suerte o te vuelves un apesadumbrado infeliz. No hay más sociología porque no hay espacio a la ilusión. La ilusión es lo que llevó a este estado de botella que gira y ratón que busca el gollete. Entre las vueltas conformistas y la parada en seco podemos subirnos a la botella y girar con ella bebiendo nuestras propias reservas, con loción de afeitar si no hay más remedio ese día.

Ir del revés siempre el pueblo ruso está explicado cuando Viénichka dice que le entienden *antinómicamente*. Si le presentan como al hombre más decente del mundo con el chascarrillo de que es que ni siquiera se tira pedos, él, ruborizado, intentando humanizarse y no aceptando tan exagerado cumplido, dirá entre carraspeos que, claro, alguna vez sí se ha tirado alguno. *Ipso facto* el rumor, como alocada pieza romántica de piano, generará un crescendo verbal donde, a los pocos días, se afirmará, que el sinvergüenza de Viénichka no solo dice tirarse pedos en público, sino que además se vanagloria de ello, que es bueno hacerlo, que son enormes sus pedos.

Este divertido momento de la novela tiene como contenido la misma idea de acabar en la estación contraria y darse cuenta de que sus sueños se han volatilizado, de que nunca llegará a su meta, y que, en esencia, la tragedia de la condición rusa es sufrir la antinomia, conseguir lo contrario de lo que se pretende. Intentar conseguir la libertad y la igualdad ha sido conseguir el totalitarismo y la corrupción jerárquica. Una vez se digiere la novela, se pasa la resaca del momento eufórico que es el alcohol de cada página, con su humor, sus arrebatos melancólicos, sus anécdotas, su delirio absurdo y se cierra el libro, aparece el mensaje. El pueblo ruso ha sido víctima de un cinismo cósmico hiperbólico donde los angelillos ríen y Dios calla. Su historia, la mayor decepción. La frustración del nada ya se puede. ¿Por qué le damos a la botella?

No es relato de alguien que le da a la botella y expone. Es el relato de alguien que le da a la botella como todo el mundo aquí y se plantea el ¿por qué le damos comunalmente a la botella?

EL JARDÍN DE RUISEÑORES DE BLOK

Este poema bastante fácil de identificar con la ideología del esfuerzo, trata de un campesino cansado del trabajo. Siempre pasaba junto a su burro por delante de unas puertas que llevan a un jardín idílico. Un día, cansado, decide traspasar las puertas y, maravillado de la naturaleza rebosante de frutos y belleza, decide holgar a sus anchas, olvidándose del trabajo. Hay un momento en el que recuerda a su burro y su trabajo y sale por las puertas, tras un estado anímico de extraña sensación espacio-temporal y ve horrorizado que su burro ya lo tiene otro y su puesto de trabajo ha sido suplantado, lo cual le desmorona psicológicamente y lo sume en una tristeza oceánica.

Este poema es el que Viénichka, como absurdo capataz inoperante, da a leer a los trabajadores alcohólicos que no hacen nada a su cargo. Acaban desmoralizados y comienzan a hacer ciertos trabajos bebiendo ahora tan solo barata colonia en lugar de Vodka. Viénichka se da cuenta de la estupidez de darle a leer ese poema. Es incompatible con el buen alcohol y se arrepiente de lo que ha hecho a esas pobres almas gilipollas de los trabajadores. A Moshé Dayan le va muy bien el alcohol y no tiene ningún problema. Para que esos pobres vuelvan a beber vodka confecciona unos horarios individuales, para separarlos, para no retraoalimentar la ingesta moral de colonia y en efecto, sus superiores ven un día a dos trabajadores totalmente borrachos y Viénichka acaba su etapa como capataz. Este es el modo en el que Eroféiev ataca a la ideología poética de la tradición rusa que no se aplica el *príncipe* y que solo sirve para joder más aún las pobres almas obreras. El humanismo de Viénichka tras la cagada del poema le lleva a perder su trabajo y ser odiado por los de abajo: visto como el esquirol capataz con sus cambios de horarios para no tenerlos juntos, y los de arriba: visto como el estúpido demente que no les hace trabajar y los individualiza. Nadie ha entendido nada sobre su humanismo antropológico. Le entienden todos antinómicamente y lo único posible es cagarse en las jerarquías, quedarse más abajo aún, ajenas a ellas y darle a la botella. Si es que de todos modos, ya le daban todos antes. El poemita ha sido la cagada absoluta. Los cuentos ideológicos son la maldad pura. No los cree el que los teje, solo empeoran al de abajo. El que intenta usarlo en un sentido inocente e instructivo es el auténtico gilipollas. Y Viénichka se dio cuenta de que era tonto.

CORAZÓN Y RAZÓN

En varias ocasiones Eroféiev dice que su corazón lucha con su razón. Este tópico poco original lo usa porque es la verdad. Le pasa a muchos, pero debe contarlo. Debe contar su lucha. Quizá *Moscú-Petushkí* sea su modo de resarcir el error de entregar 'El jardín de Ruiseñores' a los trabajadores. La propia novela es el intento de remediar el error de la literatura ideológica. La escritura del libro se entiende así como la contrapartida misma a 'El jardín de Ruiseñores' de Blok. Debo escribirlo. Y debo entregarlo a los trabajadores, al pueblo ruso mismo. Es el intento de subsanar el error que él mismo relata dentro de Moscú-Petushkí y que le lleva a escribir Moscú-Petushkí. De hecho el libro está escrito mientras trabajaba realmente en la puesta del tendido eléctrico, tarea que supervisa en el pasaje de sus memorias como capataz.

La respuesta que da en ese capítulo es que se lanza a la botella por culpa de la estupidez humana. Este ser entendido antinómicamente, que actúa a su vez como símbolo de la situación del pueblo ruso –todo lo que hace es antinómico respecto a su voluntad- le lleva a la desesperación: al mandarlo todo a tomar por culo y cagarse en todo, literalmente. La razón le dice: no puedes beber tanto. El corazón le responde, ofendido por culpa del mundo: un poco más todavía. El trasfondo continúa en diálogo con el poema de Block. La razón no quiere beber tanto y no dejarse arrastrar por emociones, por deseos volátiles y poco prudentes. Lo mismo que el campesino y su burro frente al paraíso de holgazanería. Viénichka tiene decidido ahora, tras estos episodios de trabajo que rememora, que va a ir a Petushkí a ver a su amada de trenzas largas. Petushkí es retratado como un paraíso rural donde florece el jazmín en verano e invierno, etc. Viénichka, arrepentido de haber dado a leer el poema, será él mismo, un poco más inteligente, más sabio que antes, un excapataz que desea entrar en las puertas del paraíso. La ideología del poema es tal que *Moscú-Petushkí* nos muestra que el paraíso de holgazanería no existe. Nunca se llega a Petushkí. Aquí es cuando el lector puede entonces entender que Eroféiev nos está diciendo otra cosa: Blok no es un poeta de la ideología del trabajo. Claro, él no pensaba que esos gilipollas lo iban a entender como niños de cinco años, dejar de beber y ponerse a currar porque lo que da sentido a la vida es el sempiterno camino de casa al trabajo y de trabajo a casa en compañía de nuestro amigo burro y que tener eso es tenerlo todo y si uno renuncia a ese sino de sentido vital y holgazanea, solo tendrá un momento de alegría, pero perderá su puesto en el mundo y lo que tenía se volatilizará en una individualidad aislada, sin burrito y sin trabajo, ni casa, ni mujer *mujik* preparando la comida. El poema de Blok era un chiste irónico sobre el asunto de que para un mulero no hay más mierda que currar con un asno y no existen paraísos. Quizá para un *príncipe* sí, pero no para ellos, y entonces curras o te quedas empanado creyendo que vas a salir del camino rutinario y duro y solo te va a quedar la mendicidad a las puertas de un iglesia. ¿Qué tenemos ahora? Que el poema representa a *Moscú-Petushkí*, o mejor, que *Moscú-Petushkí* es la versión en prosa alcóholica contemporánea con humor negro del poema *El jardín de Ruiseñores,* si sabemos leerlo no como ideología, sino como crítica y tragedia, justamente, de las ideologías. La evolución de esta exposición del poema a lo largo de la novela es que Viénichka, como el mulero, quiere entrar en el paraíso, pero ese paraíso dura poco (los anteriores viajes que recuerda a Petushkí) o no existe (es todo un delirio momentáneo espacio-temporal, como un colocón que tiene el campesino del poema) y al final, no hay retorno, hay estancamiento en la nada: ni se vuelve a ser capataz, ni Petushkís, ni Jardines ni burros. ¿Es que los campesinos están esperando a que uno se relaje un poco para quitarle el burro corriendo? ¿Nadie tiene la moral de decir: Ey, ese asno era de este, que ya sale del jardín. ¡Devuélveselo y que continúe pencando!? En realidad el poema expresa una maldad, un egoísmo, una trágica necesidad de trabajo y de quitarle al de al lado su puesto. El poema dice que engañan y despistan al trabajador con jardines –que no es más que el hecho de no trabajar- y que la necesidad les hace ser indóciles entre ellos.

El camino, da igual a izquierda o derecha, siempre se llega al mismo sitio de *Moscú-Petushkí* es el camino de casa a trabajo y viceversa de *El jardín de Ruiseñores*. El trayecto en tren es el camino en burro. El Jardín al que se entra y luego desaparece es el Petushkí siempre florecido, el estar sin horizonte real, sin meta, habiendo sido engañado –me han quitado el burro, me han dado una paliza y Dios se ríe- es la condición esencial rusa que los poetas –desde Blok hasta Eroféiev al menos- están retratando y la explicación de que todos (como respuesta a la pregunta filosófica central) le estén dando a la botella.

PENA SIN CONSUELO DE KROMSKOI

Radiografía profunda del estado anímico del pueblo ruso y esfuerzo por comprenderse como parte de esa sociedad que bebe. El núcleo del estado anímico del Viénichka y del pueblo ruso –si queremos interpretar que él lo representa– está pintado en *Pena inconsolable* de Kromskoi. El cuadro es descrito por Eroféiv de manera muy emotiva. Comprender el cuadro es comprender que esa figura seguirá estática por mucho tiempo. Si un gato tirase un jarrón en ese momento no habría reacción de la figura. No importan jarrones caros ni nada en absoluto. Cuando se está en la pena el mundo circundante se desvanece, desaparece. Viénichka dice que se dio cuenta de que era tonto cuando vio que no era ni aburrido ni frívolo. Si uno es aburrido e inteligente no caerá en la frivolidad y si es frívolo e inteligente, nunca será aburrido. La frivolidad tiene un carácter alegre, ligero, cómico, algo tonto. Por tanto se excluye del carácter aburrido-inteligente. Lo mismo a la inversa. Y si uno no es aburrido ni frívolo, jamás tendrá a la inteligencia de su lado. Quizá la ecuación se entienda mejor si hubiera dicho: Un hombre inteligente es aburrido o frívolo. Yo no soy ni lo uno ni lo otro, por tanto soy tonto. Este extraño silogismo se traduce en poesía literaria cuando pregunta por la princesa del cuadro de Kromskoi. ¿Es aburrida por estar triste, tan triste, que no hace caso a un jarrón que se rompe? ¿Es frívola porque no le importa? No es la explicación psicológica adecuada. No responderá a nada ni por frivolidad ni por aburrimiento, sino por pena profunda, y la tragedia es que por lógica, hemos de admitir que la princesa es tonta por dejarse embaucar por ese sentimiento de pena. *Pues igual que yo* dice Viénichka. *Es maravilloso que lo hayáis comprendido todo. Bebamos por la comprensión*.

El pueblo que se sabe tonto, tan tonto –y esto es absolutamente dramático decirlo en estos términos- que tiene una pena inconsolable dentro, la del campesino sin burro burlado por sus compañeros y por el ficticio jardín, por hacerlo todo del revés, por no llegar nunca a ningún sitio, por haber perdido absolutamente toda esperanza, se queda estancado, parado y saca la botella: una acción que no tiene fin, la adicción a un estado de realidad irreal que impide toda acción posible. El alcoholismo inoperante es la autorepresentación de un pueblo con mirada poco inteligente pero de gran espíritu. Bebamos por haber comprendido esto. Somos tontos por haber tenido un sueño imposible y entender que no hay esperanza, por sumirnos en un estado de petrificación triste, pero lo comprendemos. Nos comprendemos y Rusia está representada en ese cuadro. Un pueblo triste y tonto que no reacciona en estado shock por comprensión de la falta absoluta de esperanza. El campesino que sale del jardín y se queda sin burro es exactamente la princesa desconsolada del cuadro de Kromskoi, que es exactamente Viénichka desconsolado y apaleado cuando ve que no está en Petushkí, que es exactamente el pueblo ruso que bebe sin reaccionar con los ojos salidos de las órbitas para soportar los jardines de la escultura y arquitectura de esa gran nación.

TODO VA A RACHAS

Viénichka siente que así le va. Rachas, pero en un mismo bucle de inacción, de no llegar a nada, de hacerlo todo al revés. El camino en tren, de allí a allá, como el camino del campesino del

poema de Block, estático en el fondo como la princesa de Kromskoi, va encima a rachas, a veces mejor y a veces peor. Un viento racheado en un mismo camino eterno y trágico, que es como no caminar, porque no se avanza, solo se recorre. Exactamente lo mismo que el alcoholismo, las borracheras, el darle a la botella. Al principio se hiela la sangre, luego hierve, luego se vuelve a helar. Este es el modo de estar antes de que hacia el final Viénchka crea que tiene fiebre. Es el vaivén de la resaca y la euforia, del ir y venir. Un vaivén es un círculo y no una línea. El camino del campesino y el trayecto de Viénichka son círculos. El alcoholismo expresa el trayecto. El espíritu que camina en círculos acompasa su alma al recorrido llenándola de alcohol. Doble círculo, uno dentro del otro: el del camino y el del alma borracha. El alcoholismo no es una racha, es la representación de las rachas. Rachas circulares. Si los humanos han de ir círculos, ¿cómo les vas a impedir el alcohol? El alma humana busca la sintonía con su mundo. ¿Se comprende el de dónde viene el darle a la botella?

En la página donde Viénichka dice que *la vida es maravillosa*, explica claramente esa necesidad de acompasamiento del alma y el mundo –el trabajo y esas cosas- que hace a un hombre esclavo. Desde luego que el tono es divertido y cómico, irónico en su sentido más clásico. El fondo es devastador.

¿Qué es lo propio del ruso? El hipo. Por el alcoholismo. La prosa preciosa sobre el hipo que hay en la obra es desde luego ingeniosa y divertida, pero de nuevo tenemos una visión muy jodida de la condición rusa y de la vida. El hipo es lo único no susceptible de ser reducido a fórmula ni pronóstico matemático-físico. Es puro azar. Nunca puedes saber los segundos exactos hasta la siguiente hipada ni cuándo acabará. Esta arbitrariedad dota al hipo de un carácter enigmático, participando de lo incomprensible, como Dios, que es perfección. Sea pues perfecto como Dios e hipe: beba alcohol. El exceso de precisión absurda en el dato positivista de la burocracia de la estadística y el progreso no puede con el hipo. El hipo, a su vez, representa la condición absurda y sin ley del estado vital ruso: su alcoholismo acorde a la falta de metas. Por ello, la única salida irónica, aunque no cambie nada, ante el mundo burócrata es beber. Y a la vez nos hace divinos, perfectos, estéticamente acompasados con la condición vital de no saber qué pasa entre las rachas. Por eso se le da a la botella, es más: No puede no dársele a la botella. La botella es la condición a la cual el pueblo está abocado y lo único que da sentido. Única música, interpretación, modo de entrar en sintonía con lo que se es.

DEL REVÉS

El revisor mira como a un reptil al único subversivo al que se le ha ocurrido, por una mala borrachera, comprar el billete. Todos le miran mal y él se siente avergonzado. ¿Qué se habrá creído ese imbécil con su billete? Aquí no estamos para billetes y el revisor lo sabe. La moral está totalmente invertida. Luego uno descubre que mirar el revisor al del billete como si fuera un reptil es porque no va a cobrar sus tragos de vodka por su parte. ¿Usted no lleva billete? Genial, deme un trago de su vodka. Así todos pagan con lo único que tienen, el revisor acaba cogorza perdido y el imbécil del billete se siente solo y avergonzado y el revisor le odia. No era un revisor que comprende la pobreza y castiga con severa mirada la ostentación de billetes pagados. Es un revisor ofendido porque le arrebatan un trago. La moral está doblemente invertida ahora, o mejor: se ha reestablecido a través de un sistema corrupto una jerarquía y un orden basado en un poder igualmente. Es el modo de explicar la mafia sistémica con el humor,

pero las lágrimas están detrás, se intuye siempre la desesperación tras el chiste. ¿Por qué el libro presenta el humor y esconde las lágrimas?

Viénichka ha hecho un viaje al revés, por eso no veía el Kremlin. Ni tan siquiera sabe bien dónde ha ido a parar ni dónde ha ido. Parece que está en Kursk –ciudad emblema del orgullo nacional por la victoria con tanques sobre los alemanes– Parece que el pueblo ruso queda estancado en estos memoriales que impiden avanzar.

Hay un momento en que Viénichka, en el papel de Edipo, es en sus delirios en los que es interpelado por una especie de Esfinge abortada extraña que le suelta enigmas en los que se puede ver irónicamente la alusión al alcoholismo de los trabajadores y el absurdo a través del sarcasmo de las cifras y estadísticas pormenorizadas el culto al progreso de la época de Stajánov, de las violaciones a las chicas dentro de las juventudes socialistas, de la carne que sí comen los dirigentes, empiezan las alusiones a la estación de Kursk... cuando Viénichka va a Petushkí, su jardín ajazminado salpicado melódicamente por el canto de los ruiseñores. ¿A qué hará alusión esta estúpida esfinge? dice innecesariamente el personaje. La alusión igual no es tanto a lo que se ha dejado por escrito, sino justo a que no está yendo a Petushkí. Viénichka es un personaje de tragedia, junto al pueblo ruso, que no pasa patéticamente la prueba de la esfinge como en Edipo y no se le permite el paso a Petushkí. El resultado es el mismo: el destino se va a cumplir indefectiblemente, tanto en Edipo como con Viénichka, pero el desarrollo de la tragedia rusa es más lamentable, ya que ni pasa pruebas. Se es tonto, y se vuelve del revés por donde se ha venido. En la última adivinanza de la esfinge, dos individuos se dirigen de una estación a otra y la lógica es simple, aunque el resultado absurdo: Trata de dos que creen que van a Petushkí, pero se dicen mutuamente que van al revés. Cada uno coge exactamente el camino y dirección de donde venía el otro. Al final ninguno llega a donde quería, sino que acaban en Kursk. La pregunta es ¿dónde habrían llegado si no llegan a cambiar de dirección? La lógica absurda nos obliga a decir que a Kursk, porque si uno llega a Kursk y el otro llega a Kursk, la vice-versa es la misma, hubieran llegado a Kursk, a pesar de lo que expresen y de los deseos de los caminantes. También es cierto que nos encontramos con un viaje en círculo. Si ambos llegan al mismo punto por caminos contrarios es porque el camino es una circularidad, no líneas rectas. La interpretación del camino como un círculo ya expuesta es manifiesta en esta quinta adivinanza. No solo se nos revela esto, sino lo tonto que es el pobre Viénichka diciendo lamentablemente 'Petushkí' como respuesta. Viénichka es tonto porque ni siquiera ha sabido resolver el enigma en su lógica sencilla. Por eso quizá le cierra el paso. Pero ¿qué lógica va a poder analizar bien un borracho? La Esfinge cumple su palabra y le impide el paso a Petushkí. El significado es que la tragedia rusa es siempre fallar, usar las lógicas al revés, viajar en círculos, viajar al revés, incluso como ahora veremos: obligarse a tener el estado de ánimo al revés de lo que se muestra.

Al final de la obra los ángeles son cuatro tipos que le dan una paliza. Todo cambia y se pone del revés. Los angelillos ya no son simpáticos sino *ignominiosos*. La paliza se la dan justo antes de tener un fugaz pensamiento utópico: la gente insignificante podrá subvertir la balanza y vencer. ¡Cree en eso!, pero es un anticipo de llanto, y veremos que está bien que llore. En este momento no tiene bebida. Eso es nuevo y es justo lo contrario del inicio. Ahora, al revés que de costumbre, no tiene bebida, y eso va a posibilitar cosas.

Viénichka dice que cuando muera lo hará sin haber aceptado este mundo. ¿No es la vida una cogorza del alma? –se pregunta–. Bien, pero qué mundo no acepta. Un mundo en el que todo va del revés y hay cosas que se obligan a mostrar y otras a esconder, justo al revés de lo que se

siente. El final del libro y los sentimientos que muestra Viénichka no son solo el bajón resacoso del final de un ciclo eterno trágico cuyo tema es el alcohol, sino que es el momento más subversivo con respecto a este mundo que mantiene en la desesperación a todos.

Ni siquiera me he reído una vez como Dios manda

Y más tarde, al notar que no está en Petushkí:

Mis ojos se habían cubierto de lágrimas

Si alguien ríe al final son los ángeles, mientras Dios calla. ¿Qué significa esta risa? ¿Qué significan las lágrimas?

Dos años después de escribir este libro, pero dos años antes de su publicación oficial, Kubrik estrenaba *La naranja mecánica*, en la que cuatro amigos se juntaban para cometer delitos. A uno de ellos lo hacen cambiar a través de un método extremo de conductismo donde asocia el mal a las náuseas. Lo ponen del revés y sus antiguos compañeros, que han estado en diversos correccionales, le pegan una paliza al que antes era su jefe de maldades. La semejanza entre los ángeles simpáticos y los cuatro tipos que le dan la paliza al final a Viénichka con Alex y sus *drugos* es llamativa. Lo hacen riéndose y parece que Dios calla ante la maldad que le vine encima.

Al recuperarse en el hospital, Alex se da cuenta de que tras los golpes, el efecto del conductismo ha desaparecido y vuelve a poder tener pensamientos criminales sin náuseas y el film acaba con su sonrisa despiadada.

En *Los cantos de Maldoror* del Conde de Lautréamont el héroe confiesa abominar de la risa humana, que le parece estúpida, sin embargo, al final, hace al contrario y aprende a reír y se ríe a carcajadas ante Dios, al que sabe que ha vencido.

Viénichka representa otro tipo de héroe: ha estado borracho, ha estado eufórico, nos ha hecho reír con sus anécdotas, pero es cierto que no ha reído mucho. De hecho los angelillos solo le dejan solo al principio cuando sonríe levemente, pero eleva el estado de ánimo ahí. Sonríe. ¿Por qué quieren que sonría esos angelillos que luego, convertidos en cuatro tipos le dan una paliza? ¿Ha reído poco? ¿Llorar es la honestidad que necesita el pueblo ruso?

LÁGRIMA DE JOVEN KOMSOMOL

Es espeluznante el momento en el que Viénichka explica los cócteles domésticos que el pueblo toma cuando ya no hay ni vodka que poder comprar a causa de la pobreza. En Rusia se beben todo tipo de alcohol industrial que no es apto para el consumo humano mezclado con cerveza o con el licor barato que se pueda tener. La *Lágrima de joven Komsomol* es uno de ellos y ya el dramático título habla de la conciencia, de la comprensión que tiene el pueblo ruso de su condición tonto-espiritual de pena inconsolable. Barniz, lociones de afeitar, alcohol desnaturalizado, líquido de frenos, matarratas... Con los ‘demócratas’ llegó el matarratas dice Viénichka en esa delirante y ebria discusión política que se mantiene en el vagón entre todos los viajeros. Con los ‘demócratas’. Y no porque la democracia sea un error, sino porque se dieron cuenta de la situación en la que nada puede hacerse por el pueblo, y escribían y bebían por

honestidad y desesperación de no poder salvar a un pueblo que no puede leer y solo bebe porque el vodka es más barato que la carne. Antes el mujik podía comprar vodka, ahora ya ni eso. El campesino del poema ya no tiene ni burro. A día de hoy sigue habiendo un problema gravísimo de alcoholismo y los jóvenes consumen todo tipo de alcoholes no aptos para el consumo en tiendas de productos de higiene, colonias o barnices que curiosamente abren por la noche tras el cierre de las licorerías. El cuadro de Kromskoi sigue representando a Rusia. La lágrima ya no es de princesa sino de joven komsomol, y hoy de joven miserable sin más. El matarratas llegó con los demócratas. Hacia el final de la obra, cuando Viénichka tiene un capítulo alucinatorio que le llevará a saber hacia dónde ha ido realmente en el trayecto, volverá a ver a la princesa del cuadro:

¡Ah, infames! ¡Habían convertido mi tierra en el más sórdido de los infiernos y obligaban a la gente a esconder las lágrimas y a hacer en cambio ostentación de la risa...!

Por segunda vez dirá que solo han dejado al pueblo dolor y miedo y que la risa sea pública y las lágrimas estén prohibidas.

Por eso el cocktail que lleva en su nombre la lágrima y que se toma con laca de uñas, es un símbolo del tragarse las lágrimas para que brote la risa. Por eso el cuadro de Kromskoi puede ser reinterpretado con Eroféiev como la oposición a los canallas que prohíben las lágrimas. Nunca un cuadro con una mujer llorando había llegado a ser tan brutalmente subversivo. En conexión con el pasaje citado es similar a cuando en España se insulta a la clase dirigente poniendo los cuadros del revés. El cuadro de Kromskoi pone del derecho lo que en Rusia se obliga que esté del revés, como el viaje a Petushkí de Viénichka y como el estado de ánimo del pueblo ruso.

‘...’



Kromskoi – ‘Pena inconsolable’ (1884)

Escrito a principios de 2021. Corregido por Antonio Pomet.